

(4 PLIEGOS)

BIBLIOTECA MODERNA



NUEVA HISTORIA DE LA VIDA DEL RÚSTICO
Bertoldo, Bertoldino su hijo
Y DE CACASENO SU NIETO

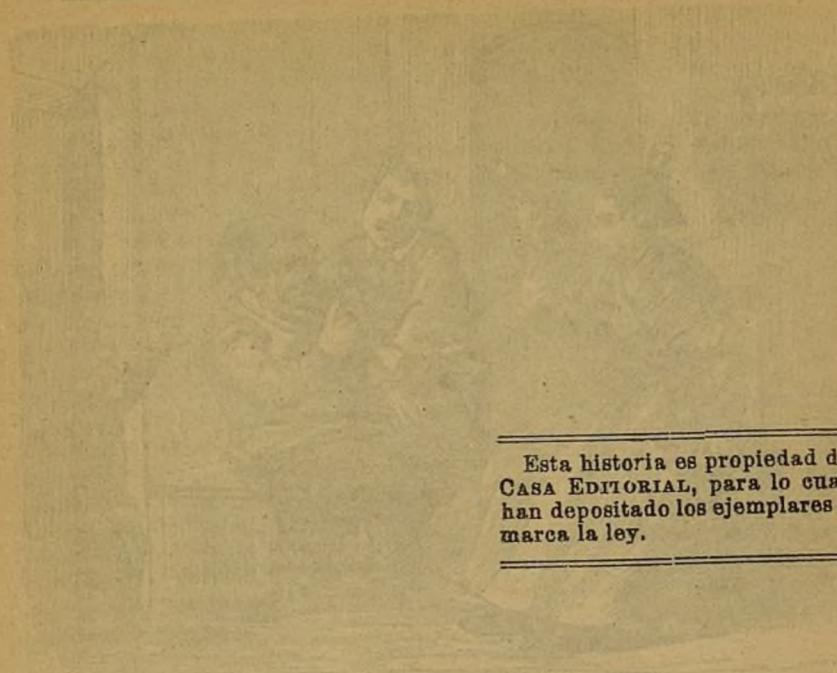
MADRID
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL
Cabestreros, núm. 5.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

(A. F. L. G. O. S.)

BIBLIOTECA MODERNA



Esta historia es propiedad de la
CASA EDITORIAL, para lo cual se
han depositado los ejemplares que
marca la ley.

NUEVA HISTORIA DE LA VIDA DEL ROSTICO
Bertoldo, Bertoldino su hijo
Y DE CACASENO SU NIETO

MADRID
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL
Cobarrutias, núm. 2.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIA DE BERTOLDO

EN la hermosa ciudad de Venecia, uno de los puntos más principales de Italia, donde tenía su solio real el rey de los longobardos, se presentó un paisano de feo aspecto, cuerpo pequeño, cabeza grande y redonda como una bola, frente muy arrugada, cejas largas y cerdudas, orejas horribles, ojos brotando fuego, genio agudo y pronto á responder, malicioso y de aspecto melancólico, boca grande y torcida, el labio inferior colgando, barba larga, narices agudas y remangadas hacia arriba, piernas cabrunas, piés largos, dientes lo mismo que el jabalí y cuerpo belludo; este fenómeno, mejor dicho que hombre, se llamaba Bertoldo.

Después de hecha la descripción de la estatura y fisonomía de este personaje, pasaremos á dar cuenta exacta á nuestros lectores de sus audacias y de la conversación que tuvo por vez primera con el monarca.

Llegado que fué á palacio, se internó en las primeras antecámaras, pasando por medio de todos los personajes de importancia que allí se encontraban, hasta que pudo ver al rey; sin hacer ninguna cortesía, sin descubrirse ni hacer el menor movimiento respetuoso, se sentó al lado de la real persona, quién como era benigno y afable, no se dió por ofendido y mucho menos ultrajado, comprendiendo que aquel paisano debía ser un bñón gracioso. El rey, que veía á su lado un ser inmóvil, no pudo esperar más, y le dirige las siguientes frases:

—¿De que tierra eres? ¿Dónde has nacido buen hombre? Y sobre todo, ¿puedes decirme quién eres para llegar á mi presencia sin mi permiso?

—Si, señor; puedo contestar inmediatamente—prosiguió Bertoldo.—Mi tierra es el mundo; cuando mi madre me parió fué cuando yo nació, y yo soy un hombre que puedo entrar en todas partes.

—Dime, Bertoldo, ¿quiénes son tus descendientes y tus ascendientes?

—Los garbanzos en la olla, porque cuando están cociendo suben y bajan y cuando me los como vienen á parar á mí.

—Muy bien, muy bien,—dijo el rey sonriéndose.—¿Tienes familia?

—Sí, los tengo,—contestó Bertoldo con la misma seriedad que había empezado;—pero todos se han muerto ya.

—¡Hombre de Dios!—dijo el monarca.—Eso no puede ser; cómo dices que si los tienes y luego repites que se han muerto ya?

—Pues ahora lo diré más claro: Mire, cuando salí de mi casa, los dejé dormidos á todos, pues uno que duerme es lo mismo que si estuviera muerto, á lo menos para mí es como si lo fuera.

—Me voy convenciendo del juicio que sobre tí había formado; pero

todavía deseo hacerte algunas preguntas. Dime, ¿cuál es la cosa más veloz y que más corre en el mundo?

—Toma, vaya una pregunta que me hacéis. Pues el pensamiento.

—Y dime, ¿cuál es mejor vino?

—Pues ya lo creo que se lo digo: el mejor vino que se bebe aquí, lo mismo que en cualquier parte, es el que se bebe en la casa ajena.

—Tú sabrás que hay varios mares; pues bien, dime, ¿cual de ellos es el que nunca se llena?

—El de la codicia del avariento.

—¿Cuál es lo más feo que puede hallarse en persona alguna?

—La mentira, señor; la infame mentira.

—¿Cómo te gobernarías tú si yo te dijera que me trajeras una criba llena de agua, sin verter una gota siquiera?

Después de soltar una fuerte carcajada el bufón misterioso, contestó: —Muy fácilmente, esperando á que se helara; y después la traería á vuestra presencia.

—¿Qué cosas son las que el hombre busca y no quisiera encontrar?

—Ciertos animalitos inmundos que se encuentran en la camisa.

—Supongo que conocerás la caza, y por lo cual, deseo que me digas, ¿cómo te gobernarías para coger una liebre, sin perro, lazo ni escopeta?

—Esperaría que estuviera muerta y después la cogería.

—Veo que tienes mucho talento, y sobre todo buenos sesos si pudieran verse.

—Y tú mejor humor sino comieras nunca.

—En vista de que me has contestado categóricamente—dijo el rey— á todas mis preguntas, pídemelo todo lo que quieras para dártelo en premio de tu talento.

—No creo que nada me des, aunque algo te pediría, pues el que nada tiene suyo, nada puede dar á los demás.

—¿En qué te fundas tú para decir que nada puedo darte?

—En que yo ando buscando ser feliz y tú no me puedes dar la felicidad, puesto que no la tienes.

—Para convencerte de lo contrario, ¿no te basta verme sentado en el trono? Todos estos nobles que ves están á mis órdenes.

—No me basta, puesto que el que más se eleva está más expuesto á precipitarse. Y en cuanto á los nobles, tampoco me llaman la atención, puesto que las hormigas andan alrededor del árbol y le ven la corteza.

—Concluyamos. ¿Quiéres quedarte en la corte?

—Muchas gracias, mi rey; pero en honor á la verdad debo decirte que el que tiene libertad como yo no debe buscar la esclavitud.

—¿Quién te movió á venir aquí, ó por qué causas te has puesto en mi presencia?

—El creer que un rey era otro hombre distinto á los demás, que tendría diez ó doce piés más que los otros y que sería de otra figura; pero veo que eres lo mismo que los demás, con la diferencia de que eres rey.

—Veo que eres un rústico muy malicioso.

—Qué quieres, mi naturaleza lo permite así.

—Pues bien; te mando que te vayas de aquí.

—Bueno, me iré, cumpliré tus órdenes; pero te advierto que las moscas son muy porfiadas y que siempre vuelven, y si tú me echas tengo que volver á importunarte.

—Pues mira, Bertoldo, si vuelves como dices de las moscas delante de mí, te mando cortar la cabeza.

Poco más ó menos, ya pueden ver nuestros estimables lectores hasta qué punto llegaba la audacia del protagonista de esta humilde historia; pero como quiera que estamos dispuestos á dar todos los pormenores de su vida, pasaremos á demostrar con toda claridad sus astucias.

Arrojado de la presencia del monarca, partió seguidamente para su casa, y montado en un borrico, permítasenos la frase, todo lleno de mataduras, y colmado de abundantes moscas y tábanos, se dirigió á palacio. Una vez en la entrada, le dirige al rey las siguientes palabras:

—Ya me tienes aquí en tu presencia tal y como yo te prometí, rey mío.

—Bueno, quítate de mi presencia con esa peste, porque veo que vienen dos mujeres, y será probable que me pidan audiencia; cuando las despache volverás aquí.

En efecto, las dos mujeres, llamadas Aurelia la una y Luisa la otra, iban á pedir justicia al rey, querellándose la primera de que la segunda la había hurtado un espejo que ella llevaba en la mano. Al verlas el rey, las preguntó con frases de cariño:

—¿A qué venís?

—Señor,—dijo Aurelia,—pongo en

tu conocimiento que hace días entró en mi casa esa mujer y me robó un espejo; repetidas veces se lo he pedido y ella me lo niega; mas como sé que tú eres justo, vengo á que me hagas justicia.

—Es incierto todo cuanto dice,—replicó Luisa,—le he comprado con mi dinero, y me extraña que hable de esa manera, y, sobre todo, que pida lo que no es suyo,

—No des crédito, justísimo señor,—volvió á replicar Aurelia,—á las falsas é infames razones de esa mujer, porque es una ladrona pública, y sabed, señor, que si no fuera cierto lo que digo, no hubiera venido aquí.

—¿Qué conciencia de beat! ¿Qué bien sabe fingir para que la den la razón! Pero afortunadamente estoy delante de un juez que conoce mi buena fe y tu falsedad.

—Lo que no puedo creer es cómo te atreves á negar con tal desfachatez y con tanta desvergüenza.

—Para definir la cuestión—dijo el rey—romperé el espejo, y después los pedazos los repartiré entre ambas para que así quedéis conformes.

—Yo estoy conforme—dijo Luisa demostrando gran alegría—en que se rompa, con tal que acabe nuestro pleito.

—Yo no lo estoy,—dijo Aurelia encolerizada;—antes consiento que se lo lleve ella, que no romperlo, pues así tengo la esperanza de si la conciencia la remuerde, que me lo restituya algún día.

—Ya creo que está aclarado de quién es el espejo,—dijo el rey lleno de satisfacción,—y es de ésta que no quiere que se rompa; dárselo á ella inmediatamente, y á esta otra arrojarla de aquí por traidora y falsa.



—Gracias, señor,—dijo Aurelia,—habéis conocido mi inocencia y me habéis hecho la justicia que merecía.

Bertoldo, que aunque fuera de aquella estancia había escuchado todo, le dijo al rey con una sonrisa y carcajada propia de su individuo:

—Veo mi rey que tú no tienes conocimiento.

—Explicate, Bertoldo, ¿por qué no tengo conocimiento?

—Porque te fías de lágrimas, y con las mujeres hay que tener mucho cuidado, porque todo lo que hacen es con artificios y engaños.

—Es tan grande la equivocación que padeces al formar el juicio que haces de la mujer, que voy á demostrártelo en seguida. Si alguna peca, es por descuido, no es porque lo hace con idea marcada, pues te probaré también que la mujer ama al marido; arregla los hijos, si los tiene; cuida su casa con esmero; mantiene la hacienda; la mujer, en fin, es apreciable á la vista de los mozos, consuelo de los viejos, la alegría de los niños, y no porque una falte en algo se debe culpar á todas las demás, y ese es el motivo de que la sentencia que he dado es muy justa.

—Bien se conoce—dijo Bertoldo—que amas mucho á las mujeres, que tan bién saben engañar. Vamos á ver, señor, ¿que me das si dentro de una hora lo más tarde te hago desdecir de lo que has dicho á su favor?

—Nunca he oído á nadie lo que tú me dices, Bertoldo; y te advierto, que si tú me pruebas lo que me prometes, te tendré por el más sagaz de los hombres; pero de lo contrario, te mandaré ahorcar al punto.

—Pues nada más hablemos del asunto; hasta mañana por la noche.

Pensando Bertoldo en el compromiso que se encontraba con el rey, se metió en la caballeriza á pensar el mejor medio de hacer lo que había prometido al monarca; y ocurriéndosele de pronto una astucia, se acostó para ponerla en práctica al día siguiente.

Al día siguiente, y casi sin amanecer, se dirigió Bertoldo á casa de la mujer á quien el rey había entregado el espejo, y la dice:

—Vengo á darte una sorpresa, Aurelia; se que te ha de disgustar; pero quiero que sepas que el rey ha dispuesto que se rompa el espejo y se os dé la mitad á cada una de vosotras. Esto lo hace porque la Luisa apeló de la sentencia que dió el rey, y éste, por no oír más quejas, ha dispuesto que se rompa y que se repartan los pedazos entre ambas.

—No puede ser. ¿Cómo el rey vá á desdecirse de lo que ha mandado ya? ¡Pobre de mí! ¡Oh, qué acciones para un rey! ¡Pobre justicia, qué mal administrada estás!

—No es esto lo peor, Aurelia, sino que puede que te suceda algo más.

—¿Pues qué es lo que me puede suceder todavía?—replicó Aurelia con agitación.

—Pues casi nada,—dijo Bertoldo encogiéndose de hombros,—que el rey nuestro señor ha promulgado una orden para que cada hombre pueda contraer matrimonio siete veces, y esto creo que sea mucho peor que lo del espejo, por los trastornos que puede traer en las casas.

—Pero, ¿qué diablo de locura se le ha metido al rey en la cabeza con eso? Según te explicas, si veo que es mucho peor que lo del espejo, aunque yo creo que eso no llegue á suceder.

—Eso es lo que yo puedo decirte; mas si queréis evitarlo, podéis reunirnos varias y protestar, porque de lo contrario, se ha de llevar á efecto el mandato de la real persona.

Dejando á Aurelia alborotada con la noticia, se despidió Bertoldo loco

de contento porque veía consumado su plan. Con la mayor precipitación fué Aurelia á buscar á sus amigas para manifestarlas lo que sabía.

Ellas que se enteraron de la novedad tan extraña, se pusieron en comunicación de unas y otras, juntándose á millares y hablando todas á un tiempo sobre el caso, resolviendo por fin ir todas en comandita á confundir al rey entre voces y gritos para que se desdijese de lo que había ordenado y de la ley que había establecido.

Así lo hicieron; rabiosas y despechadas se fueron á palacio todas en un perfecto motín; sin permiso de nadie y sin poderlas contener, penetraron en la cámara del rey, metiendo ruido y alborotando de tal suerte que el monarca no podía entender una palabra de lo que le decían; pero saltándole la paciencia, lleno de cólera y severo, en alta voz así las dijo:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Qué os ha motivado esta sublevación? ¿Por qué estos gritos y exclamaciones?

—Venimos,—dijeron todas á la vez,—á saber por qué causa has dado esa orden contra nosotras. ¿Qué frenesí te ha dado contra la divina ley mandando que cada hombre se case con siete mujeres? Eso es un escándalo que no ha de llegar á suceder.

—Veo con disgusto—dijo el rey extrañándose—que estáis locas y no sabéis lo que decís. Os ruego que hable una nada más, y que ésta lo haga tranquila y despacio para que yo pueda contestar con certeza, pues hasta ahora, ni sé lo que queréis, ni yo puedo deciros tampoco lo que debo hacer.

Salió al frente de las demás una que era la más descarada, y en alta voz, y con ademanes bruscos, le dice:

—Señor, lo que yo te digo es que deseamos que te echen del trono ignominiosamente, pues bien lo mereces por la ley que has dictado.

—¿Qué injurias os he hecho yo? Hablad claro.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír,—dijo la que había tomado la palabra;—lo que queremos, es, que rechaces la orden que has dado de que pueden casarse los hombres con siete mujeres, ó de lo contrario, que nos permitas á nosotras casarnos también otras tantas veces. Resuélvete que á eso venimos.

—¿Pero quién os ha seducido de este modo? ¡Ah, sexo ingrato y descortés! ¡Apartaos inmediatamente de mi presencia! Idos muy en hora mala, importunas, ahora es cuando veo que vosotras sois la ruina de los padres; el tormento de las madres, la desgracia de los hermanos y la destrucción de las casas. ¡Quitáos de mi vista, espíritus infernales!

Todas se retiraron á sus casas convencidas de que había sido una trama, pero sin declarar al rey el causante de ella.

—¡Oh, que abrumado estoy! Pero si llego á saber quién ha sido el inventor de este chasco, le he hacer castigar según su merecido. Gracias á Dios que ya se han ido y me han dejado en paz.

Poco tiempo después de haberse retirado las mujeres, se presentó Bertoldo en la cámara del rey, y le dice:

—¿Qué dices á esto, rey mío? Creo que ya te habrás desengañado de lo que te dije, y quedarás satisfecho de lo que habíamos convenido.

—Veo que te has salido con tu empeño, Bertoldo, y en pago de tu astucia, quiero que te sientes á mi lado en el trono.

—No puedo aceptar lo que me propones, porque cuatro nalgas no caben en el trono de uno solo.

—Dime la verdad, ¿has sido tú el autor de este enredo?

—Tú lo has adivinado, y según lo que me has prometido no me puedes castigar, ó si lo haces, no cumples como debes.

—Te perdono y digo que sabes más que el mismo Merlín. Ahora conozco que las pobres mujeres tenían motivos para presentarse á mí en la forma que lo han hecho; y ya que me has dado ocasión para decir mal de ellas, hoy me desdigo y las alabo, pues quedo satisfecho que el hombre sin la mujer es como la viña sin podar, jardín sin fuente, río sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, palacio sin balcones, torre sin escalera, rosa sin olor, pino sin sombra, diamante sin brillo, en fin.

—Un perro sin cabeza—dijo Bertoldo, sin dejarle concluir.

—¡Gran bestia eres!—contestó el rey.

—El primero que veo me ha conocido, eres tú; ya estoy convencido que eres protector de las mujeres, y no quiero hablar más de ellas.

Como la reina estaba enterada de que Bertoldo había hablado mal de las mujeres, mandó á un criado para que le dijera al rey que deseaba ver á Bertoldo, y que fuera lo más pronto posible. Irritada ésta por lo que había hecho, trataba de que se le diera una paliza disforme. No bien supo el rey el deseo de su esposa le dice á Bertoldo:

—Mi esposa desea verte, y así vete con este mensajero á ver qué es lo que tiene que mandarte, pues debe estar impaciente.

—Voy al momento, pues los mensajes tanto tienen de bueno como de malo.

—El que está inocente, nunca teme;—contestó el rey.

—¿Sabes lo que te digo? Pues es que la mujer airada, el pábilo encendido y la sartén agujereada, son las tres cosas más perjudiciales en una casa; lo mismo que la plata, el oro y el fresno son el arreglo de la misma.

—El hombre melancólico, á menudo se acuerda de aquello que teme.

—¡Cuántas veces—dijo Bertoldo—el cangrejo salta de la olla por librarse de ser cocido, y cae en la lumbre y se hace ascial

—No temas, Bertoldo, que estoy seguro que nadie te ultrajará ni se meterá contigo.

Después de dicho esto, se presentó en el camarín de la reina, quien había ordenado que los criados se apoderaran de palos y le encerraran en un cuarto donde pudieran darle la proyectada paliza; pero al ver la monstruosa figura que presentaba, se retiraron, y la reina dijo:

—¡Jesús, qué figura; hubiera creído verdaderamente que era un mico! Bertoldo, que de nadie se guardaba ni á nadie respetaba, le contestó:

—Mi reina, dijo la zorra al lobo; ¿qué haces bobo?

—Dime, Bertoldo, ¿cómo te llamas?

—Yo no me llamo, ni á nadie llamo, y cuando me llaman respondo.

En el intermedio de las preguntas que la reina hacía á Bertoldo, venía una criada con un jarro de agua para echárselo encima, y dijo:

—Yo, además, adivino cuanto hay y puede haber y si alguna mujer quiere mojarme á traición, diré todo cuanto sepa de ella.

La criada que oyó semejantes razones, se volvió por donde había venido, porque temió que Bertoldo no la descubriese algún pecadillo.

La reina, que estaba colérica, y con deseos de vengarse de Bertoldo, por lo que había hablado de las mujeres, ordenó á sus criadas que le apalearan bien. Viendo Bertoldo que se preparaban todas, dijo en alta voz:

—Consiento que me rompa los huesos cualquiera de vosotras que sea la que haya proyectado envenenar la comida del rey.

Tan pronto oyeron todas la propuesta que hizo Bertoldo, dejaron los palos y se miraron unas á otras como extrañándose de lo que éste había dicho, pues todas se encontraban inocentes,

Insistiendo la reina en que se le apalease, envió un recado á los guardias para que cuando saliera de palacio descargasen sobre él.

Salió, pues, acompañado de cuatro criados, y para escaparse del chubasco, suplicó á la reina que mandase á los criados dijese á los guardias que descargasen los palos con la condición de no tocar á la cabeza, y á lo demás cuanto quisieren. Así lo hizo la reina sin comprender la astucia; los criados iban detrás de Bertoldo, y llegando á los guardias que ya estaban esperando, empezaron á decir los criados que no le tocasen á la cabeza, y que á lo demás apretasen fuertemente.

Como los guardias vieron que Bertoldo venía delante de los demás, pensaron que él era la cabeza de ellos; dejáronle pasar, y al llegar los criados, fué tal el apaleo que recibieron, que los dejaron estropeados, en cuyo estado volvieron á la reina, la que, viendo que Bertoldo por su astucia se había quedado libre, se encolerizó y juró que había de vengarse.

Al día siguiente tuvo el rey una reunión en su cámara á la cual asistió Bertoldo, y viéndole el rey le preguntó:

—¿Qué tal te fué ayer, Bertoldo, estaba alterado el mar ó sereno?

—¡Puf! Cualquiera que sepa navegar pasa un golfo con seguridad.

—Pues qué, ¿amenazaba tempestad el cielo?—dijo el rey.

—Sí, y descargó también en otro,—dijo Bertoldo.

Encontrábase entre los presentes un palaciego, el cual solo servía de bufón; llamábase Fagoto; de extraña figura y sumamente pequeño.

Se llegó al rey y le dice:—Te pido la gracia que me permitas examinar á este salvaje y enseñarle el modo de conducirse ante el rey,—y le dice:

—¿Qué es lo que dices tú, pollo caído del nido?

—¿Y con quien hablas tú, grajo pelado?—contestó Bertoldo.

—Dime, ¿porqué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

—¿Y por que motivo el látigo del rey te pone las nalgas rojas?

—Vamos, Bertoldo, ¿cuanto tiempo hace que no has comido nabos?

—Pues sí te lo voy á decir: el tiempo que te han echado roeduras.

—¿Cuando vas á dejar de hacer uso de tus astucias?

—Cuando tú no lamas más platos.

—Mira, Bertoldo, que tus zapatos están con la boca abierta.

—Sí, ya los veo;—contestó Bertoldo riéndose;—es que se se están riendo de tí lo mismo que yo, porque eres un bestia.

Con la conversación tenía Bertoldo la boca llena de saliva y preguntó al rey donde podría escupir; le contestó que en la plaza. Volvióse Bertoldo á Fagoto y le encajó la saliva en la cabeza, diciendo: Que puesto veía que no había pelo, debía ser una plaza de piojos. Fagoto quedó afrentado, y los señores soltando la risa dieron la razón á Bertoldo.

Siendo ya de noche, dijo el rey á Bertoldo que podía retirarse; pero quedando advertido de que volviese, ni bien vestido ni bien desnudo.

Al día siguiente volvió Bertoldo cubierto su desnudo cuerpo con una red de pescar, y al verle el rey en traje y forma indecorosa, le preguntó por qué iba de esa manera; pero al ser contestado por Bertoldo que él lo había exigido, quedó satisfecho el monarca.

—Dime, Bertoldo,—preguntó el rey,—¿dónde has estado, y qué hace tu padre, tu madre y tus hermanos?

—Yo he estado,—dijo Bertoldo,—donde ninguno podía estar mas que yo; mi padre es desfaceador de un daño; mi madre hace á una vecina lo que no hará más; mi hermano á cuantos halla á tantos mata, y mi hermana está llorando lo que ha reído antes.

—Explicate más claro,—dijo el rey,—porque no he podido entenderte.

—Has de saber, mi rey, que mi padre está en el campo cerrando una senda para que nadie pase; mi madre está amortajando á una vecina; mi hermano está matando al sol tantos piojos como se encuentra, y mi hermana ha pasado riendo y ahora está con dolores de parto.

—Veo con sumo gusto que tú me contestas bien á todo lo que te pregunto, y quiero seguir haciendo lo mismo hasta que ya no tengas por donde satisfacer mi deseo. Por lo tanto quiero que me digas qué día es el más largo del año.

—Por muchas preguntas que me hagas saldrás bien satisfecho de la contestación; y ya que quieres seguir, te diré: que el día más largo es el que uno se queda sin comer.

—¿Qué yerba hay que todos la conocen, incluso los ciegos?

—Pues bien fácil es saberlo: la ortiga.

—¿Qué cosa es la más atrevida que hay en el mundo?

—El viento que se introduce debajo de los vestidos de las mujeres.

—¿Y cuál es la cosa más clara?

—La luz del día.

—Me parece que te has equivocado por esta vez; porque creo que es más clara la leche.

—¡Ca, no señor, de ninguna manera! Lo más claro que hay, y lo repetito, es la luz del día, y eso lo puedo probar si me das permiso para ello.

—Le tienes,—dijo el rey,—pero sino lo haces te castigaré con rigor.

Se retiró Bertoldo y buscó un cubo, le llenó de leche y le metió en una habitación cerrada y de por sí oscura. Mandó al rey que entrara en el cuarto, y al tropezar en el cubo que contenía la leche, empezó á dar gritos para que entraran á ver que era aquello. El rey, después que vio era cosa de Bertoldo, se mostró un poco enfadado, pero le dijo:

—Eres astuto, Bertoldo; no tengo duda, y siempre hallas fácil salida.

Pocos momentos después llegó un mensajero con una carta para el rey que había sido dirigida á su esposa; pero como se trataba de un asunto que ella no podía resolver, la mandó á su esposo para que éste determinara; la carta estaba concebida en estos términos:

«Señora: con el objeto de que intercedas con el rey tu esposo, hacemos presente las justas razones de todas las nobles de esta ciudad, suplicando rendidamente nos conceda el poder asistir en los consejos, gobernar y sentenciar, como es permitido á los hombres; para esto alegamos que ya ha habido mujeres que han mandado imperios y reinos y salido á campaña como los más esforzados campeones; así es que, esperamos no será desatendida nuestra súplica.» Sin firma.

Después que el rey leyó el contenido anterior, se volvió á Bertoldo y le explicó lo que la carta decía; pero significándole que no sabía cómo había de contestar; mas como sabía demasiado que éste había de resolverlo fácilmente, le autorizó para que hiciera cuanto creyera oportuno.

En efecto, se puso en marcha Bertoldo hacia la plaza donde compró

un pajarito, le metió en una caja y se lo llevó á las solicitantes, diciéndolas que al día siguiente volvieran á la presencia del rey con la cajita lo mismo que él la entregaba, y que tendrían concedido lo que le pedían.

Estas recibieron la mencionada caja muy contentas y gozosas, pero después que se encontraron solas, ya no podían estar tranquilas sin verlo que contenía. Primeramente se oponían á ello, pero no pudiendo dominarse levantan la tapa y se escapa el pájaro, que ni lugar tuvieron para ver el color ni de la clase que era para haberle cambiado por otro.

Llegó el día siguiente, y tristes, sin saber qué respuesta dar al rey, le presentaron la caja sin el contenido, explicando de la manera que le habían dejado escapar. Entonces el monarca, lleno de indignación, les mandó retirar de su presencia.—¿Cómo queréis—las dijo—que os entregue el mando de mis negocios, teniendo que guardar secretos de suma importancia, cuando no habéis podido conservar el que os he dado?

Seguidamente se retiraron todas avergonzadas y no volvieron á tratar más de ello. Entonces, Bertoldo, con risa descomunal, le dijo el rey:

—Bien vá la cabra coja, como el lobo no la coja.

—¿Y por qué me dices eso, Bertoldo?

—Porque mujer y fuego hallan lugar luego.

—Mira, Bertoldo, créeme lo que te digo: El que se sienta en la ortiga, tarde ó temprano le pica la hormiga.

—No te diré que no, pero debes saber que el que lava la cabeza á un asno, pierde jabón y tiempo.

—¿Lo dices esto por mí, Bertoldo?

—Precisamente por tí hablo, pues me das á entender continuamente que alguna vez tengo que caer en la trampa.

—No soy yo tan ingrato como todo eso; sé apreciar muy bien tus méritos; pero que tú lo interpretas mal.

—Siempre me he figurado que el que piensa mal, siempre, ó por lo menos la mayor parte de las veces, acierta.

—Lo que sí quiero decirte—repuso el rey algo alterado—es que eres muy descortés conmigo; pues cuando estás en mi presencia, ni te quitas el sombrero, ni me haces ninguna cortesía bajando la cabeza.

—Tienes razón, pero te digo que el hombre no debe bajarla para otro.

—Según sea su clase,—replicó el rey;—por ejemplo: á mí me tienes que hacer esa cortesía.

—Pues no me lo pidas, porque no lo hago.

—¿Y por qué no?

—Porque he comido asadores y no quiero que al bajarme se me rompan las tripas.

—Muy bien; puedes retirarte, veremos si es cierto lo que dices.

Al día siguiente fué Bertoldo á palacio, según el rey había dispuesto, y al ver que la puerta de entrada estaba más baja, en seguida se figuró que lo había hecho por él, con el objeto de hacerle la venia. Astuto siempre penetró en la cámara con la cabeza baja sí, pero de espaldas.

Admirado el rey de su gran sutileza, se fingió algo enfadado y le llenó de improperios, á lo que contestó Bertoldo, que si bien era verdad que había penetrado en la cámara del rey hacia atrás y con la cabeza del revés, era porque el cangrejo se lo había enseñado.

Satisfecho quedó el rey de la respuesta que éste le dió, y le mandó retirarse, en la inteligencia de que al día siguiente le viera y no le viera.

Muy difíciles eran todas las pruebas que hacían con Bertoldo; pero por dificultosas que fueran siempre salía victorioso.

Al día siguiente se presentó Bertoldo cubierto el rostro con un arnero, y al verle el rey, empezó á reírse y le preguntó qué significaba aquel arnero que le tapaba el rostro. Contestó Bertoldo que venía como le mandó. Convencido el rey, le dijo veía tenía mucha inteligencia, y por lo tanto, le autorizaba para que hiciera uso de su corte en todas sus necesidades.

Con la oferta que el rey le hizo, se retiró á un rincón, se bajó el pantalón y fingió querer hacer alguna necesidad. El rey que observó sus movimientos, mandó á uno de sus guardias que con un palo fuese y le diera una paliza, lo cual visto por Bertoldo volvióse al guardia y le dijo:

—Hermano, no te hagas tan celoso; advierte que también las moscas que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos se ponen sobre la mesa real y se ensucian en el plato del rey, y, no obstante, come la sopa sin escrupulo; además, que estoy autorizado por S. M. para que me sirva de su corte en mis necesidades; y ¿qué mayor necesidad puede haber que se iguale con la presente?

Estando en esto, recibió el rey un escrito de su esposa, en el que le pedía el favor de mandar que Bertoldo se presentara á su vista con el objeto de reírse de sus astucias, aunque su intención era vengarse de él.

El rey le mandó que inmediatamente se fuera y no se hiciera esperar. Bertoldo, aunque con alguna repugnancia, se dirigió por fin allá.



Al encaminarse hacia el cuarto de la reina, oyó por casualidad cómo había dado orden á los que cuidaban de los perros, que cuando le viesen entrar los soltaran, para que por este medio quedase bien castigado por ellos.

En cuanto supo lo que iba á suceder se fué á la plaza, compró una liebre viva y la llevaba oculta debajo de la capa; al llegar á la antecámara de la reina le soltaron los perros.

Viéndose en tan gran peligro dejó escapar la liebre, la que apenas vieron los perros la siguieron con tanta precipitación, que dejando

libre á Bertoldo y sin detenerse se presentó delante de la reina, la cual se quedó admirada, pues le creía despedazado, y llena de cólera le dice:

—¿Cómo estás aquí, bribón? ¿Cómo te has escapado de los perros?

—La providencia, —dijo Bertoldo, —ha velado por mí y previsto el caso.

—Yo te aseguro, —prorrumpió la reina, —que esta vez no te escaparás.

—Ya que tan deseosa estás de castigarme, te pido lo hagas pronto.

La reina que estaba deseando vengarse de Bertoldo por lo mal que hablaba de las mujeres, le mandó meter en un saco y después de bien atado para que no pudiera sacar la cabeza, le pusieron en un cuarto con un alguacil de vigilante para poder al día siguiente arrojarle á un río. Quedó, pues, Bertoldo en el saco y nunca creyó la muerte tan cierta.

como en esta ocasión; mas como nunca le faltaba medio de salir bien de todo, empezó á frustrar su plan suspirando como si algo le ocurriera y diciendo:—¡Oh, riquezas! ¡Oh, fortuna, en qué estado me habéis puesto! Mejor sería para mí el ser pobre y de ese modo no tendría tanto disgusto como estoy pasando. Nadá más que la avaricia les hace emparentar conmigo, pero no me casaré con ella, pues siendo yo un hombre contrahecho, tengo la seguridad que la novia no sería fiel para mí. La reina insiste en que me case con ella y así no sé cómo escapar de tal violencin.

El alguacil que estaba oyendo la palabras de Bertoldo, movido de curiosidad le preguntó por qué motivo le habían metido en el saco. Bertoldo, que ya veía el medio de poder salir bien con la mediación del alguacil, le contestó que de nada le podía servir en situación tan precaria.

Et alguacil que estaba encargado de su custodia, que era de buenos sentimientos y muy humano, y deseoso de saber por qué motivo se encontraba encerrado en el saco, le hacía las siguientes preguntas:

—¿Te quieren dar azotes? ¿Quieren darte tormento?

—¡Ay, hermano! Es peor lo que quieren hacer, es casarme.

—¡Pero hombre!—dijo el alguacil.—¿Cómo es eso?... Expílicate, porque todavía no he podido entenderte.

—Amigo, no digo precisamente que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho, pero si nadie oyera te lo explicaría todo.

—Puedes hablar con toda seguridad que nadie nos oye, y yo por mi parte te guardaré el secreto.

—Has de saber que yo me encuentro bien respecto á intereses; pero la naturaleza no me ha favorecido en nada y seguro estoy de que no se encuentran dos de mi contextura. Un caballero, que es mi apoderado, tiene una hija muy rica y quiere casarme con ella. Mas como yo veo que es con el interés del dinero, y que no es por amor, me he negado á ello y antes consiento que me ahorquen.

—Según veo,—dijo el alguacil,—débes tú ser muy rico!

—Hombre, te diré: cuento de renta un año con otro de seis á siete mil escudos limpios de polvo y paja, y el padre de la novia de unos tres mil; pero supuesto quieres saberlo todo, voy á referírtelo; pero te advierto que no puedo respirar bien y si no me sacas la cabeza fuera del saco no podré seguir hablando contigo.

—Con mucho gusto lo haré,—prorrumpió el alguacil.—Ya puedes empezar; pero que cara tienes más fea, si lo demás del cuerpo es así, debes ser un fenómeno.

—Pues sácame del todo fuera del saco y verás qué bien plantado estoy; no receles nada, pues soy caballero y basta.

—Yo lo haré,—dijo el alguacil;—pero es menester que te vuelvas á meter en cuanto concluyas.

—Has de saber amigo, que la novia no me conoce y quieren casarnos á oscuras y del modo que ella no me vea, y por eso es el meterme en este saco. La reina, que es muy gustosa de mi casamiento, me ha ofrecido dos mil doblones que me entregará después de casado, y entonces será cuando yo me haga presente á ella.

Al oír esto el alguacil, exclamaba:—¡Oh! ¡Qué hacienda tan mal empleada! ¡Que á mí que soy pobre no me venga tal fortuna!

—Oye, te veo pensativo y me hace sospechar el que tú desearías mi felicidad; por lo cual, si quieres te metes en el saco y puedes ser rico.

—¡Cáspita!—dijo el alguacil alarmado.—No me expongo yo á que después que me desataran me hicieran dar un salto mortal con un cordel al cuello. Eso, no.



—No lo creas,—dijo Bertoldo,—después de que estés ya casado, no pueden deshacer el matrimonio y tienen que aguantarse.

—Según me pintas el negocio, amigo Bertoldo, le creo muy fácil; pero, ¿y si por casualidad sale mal, entonces cómo me las gobierno?

—Aquel que no sabe aprovechar la ocasión cuando la fortuna se le viene á mano, suele suceder que cuando la busca la encuentra en el río, y pues que tú la desprecias, haz lo que te parezca, que yo no quiero cansarme más en persuadirte. Abre

el saco que voy á meterme dentro, pues el porfirar será necedad.

—Aguarda un poco, hombre, que tiempo nos queda para todo.

—Quien tiene tiempo no espera tiempo, y buen loco soy yo de dar la felicidad mía á otro; ven y ata el saco que ya estoy dentro.

—Salta fuera que ya estoy convencido; pues quiero meterme en el saco y hacer todo lo que me has dicho.

—No tienes que desconfiar ni sospechar nada; mete bien los brazos baja un poco la cabeza y que no te sieutan hablar, si no se descubre.

—Yo te prometo que no hablaré nada; pero arrímame á la pared.

Después que Bertoldo hubo dejado al alguacil bien asegurado, determinó escaparse y no esperar la tempestad que le aguardaba. Se puso al acecho por si había alguien que le viera salir, y como no viera á nadie, salió sin detenerse; para no ser descubierto. Como diera la casualidad que aquella noche había nevado, para que no sospecharan que había salido nadie y si que había entrado, se puso los zapatos al revés y no paró hasta que saliendo fuera de la población, encontró un horno, donde se metió. A la mañana siguiente entraron las damas á vestir á la reina y se encontraron que no estaban los vestidos, sin sospechar que se los había puesto Bertoldo para poder salir sin ser visto ni conocido.

Enterada S. M. de la falta, mandó que trajeran otros, levantándose en seguida y dirigiéndose donde estaba Bertoldo; pero no encontrando al centinela que le había puesto, sospechó que éste era el ladrón y se encolerizó contra él. Como creía que el que se encontraba en el saco era Bertoldo, le dirigió estas preguntas:

—Supongo tendrás el mismo humor que antes ¿no es verdad?

—Señora,—dijo el alguacil sin saber con quien hablaba,—yo estoy dispuesto á casarme con ella á cualquier hora.

—No pasará mucho tiempo sin que quedes consolado—le contestó la reina sin conocer la voz.

—Procura que la traigan aquí en seguida, que yo estoy pronto á cumplir lo tratado; y que me den ese dinero.

—Pero ¿qué desatinos está diciendo ese hombre? Sacarle la cabeza, que quiero verle la cara.

—Pero, hombre, ¿quién te ha puesto aquí?—le dijo al alguacil.

—Aquel que había de ser novio, que no queriendo casarse, ha renunciado en mí esta fortuna, juntamente con el dote que habrás de darme.

—¡Qué esposa ni qué diablo! Vaya, ya veo que te has dejado engañar de aquel astuto. Espera un poco: preciso es que yo cumpla el contrato y que sea á tu costa.

Después de dicho esto llamó á sus criados, los que se presentaron con buenos garrotes, propinándole una soberana paliza y arrojándole después al río. Así cobró el infeliz su dote.

Seguidamente de esto mandó la reina que buscasen á Bertoldo, y donde le encontraran que le dieran muerte.

Estando metido en el horno, oía á todos los que pasaban que preguntaban por él y lo que la reina había mandado. Nadie le había descubierto, hasta que pasó una vieja y se fijó en un pedazo de tela que salía del horno, y por la que creyó fuera la reina que estaba allí metida. Lo comunicó á todos los vecinos, y ya no se hablaba de otra cosa.

Hebiendo llegado á oídos del rey la novedad, se presentó en la cámara de su esposa, y la encontró llena de furia por la burla de los vestidos. Entonces el rey hizo que abrieran el horno y encontró á Bertoldo.]

—¡Hola!—dijo el rey á sus ministros.—Sacad á ese hombre y llevarle donde haya un árbol del cual quiero que le colguéis y que en él muera.

—Señor—dijo Bertoldo—mirad que las cosas de prisa, no salen bien.

—Muy grande ha sido el ultraje,—dijo el rey;—á las tres va la vencida y tú has cometido más de diez, por lo tanto no quiero escucharte.

—Por decirte la verdad,—dijo Bertoldo en tono lastimero.—¡Ah! Señor no seas inhumano, de corazón te suplico me atiendas.

—Ya te he dicho que no quiero escucharte.

—¡Qué he de hacer, paciencia! Ya veo que no hay remedio; preciso es obedecer, bien dice aquel refrán: *O sirve como siervo ó corre como ciervo*; y por lo que veo, es mejor una onza de libertad que diez libras de oro. En fin, señor, antes de morir espero me concedas una gracia.

—Dí cual es—dijo el rey irritado—que estoy pronto á concedértela.

—Que mandes á tus ministros no me ahorquen mientras que yo no les diga que árbol es el que más me gusta.

—Si no me pides otra cosa desde luego la tienes concedida.

Conducido por los ministros á un bosque que allí había, no le gustó ninguno. Después fueron á otro inmediato, y le preguntaron si alguno le gustaba.

—No por cierto,—respondió éste.

Enfadados los ministros del penoso viaje, y de que no encontraba ningún árbol que fuera de su agrado, le pusieron en libertad, dándole cuenta al rey de lo ocurrido.

Como es de suponer, el rey se incomodó bastante, y al poco tiempo mandó buscar á Bertoldo, y le dijeron que se presentara al rey, que ya estaba perdonado.

Encontrado que fué, se negó á presentarse en la corte, diciendo que no había tesoro que pagase la libertad. Viendo el rey que era imposible hacerle venir, se dirigió él mismo en persona, rogándole y ofreciéndole que nada le ocurriría. La reina, en vista de su astucia, también le perdonó. Hízose muy complaciente y todo el mundo le quería; mas como nada en este mundo es perpétuo, por entregarse á la variedad de manjares y

licores exquisitos, á que no estaba acostumbrado, le acometió una enfermedad que le causó la muerte.

Lloraron su desgracia los cortesanos; el rey le hizo enterrar con gran pompa é hizo vestir la corte de luto, y para perpetuar su memoria, hizo esculpir sobre la losa de su sepulcro el siguiente epitafio:

Aquí yace en esta tumba oscura
un rústico villano y un portento,
que teniendo de bruto la figura
tuvo el alma con noble entendimiento;

fué Bertoldo su nombre, y aseguró
en la gracia del rey su valimiento;
pero esta pompa le acortó los días
pues le privó de nabos y judías.

Era imponderable el desconsuelo que tenían los reyes por la falta de un hombre tan agudo y original. Las personas que le habían asistido levantaron la cama, y se encontraron debajo de las almohadas un legajo de papeles de poca importancia; pero entre ellos estaba el testamento que Bertoldo había hecho poco antes de morir, el cual leído por un escribano en la presencia del rey, dice así:

«En el nombre de la buenaventura, salga lo que saliere, y pues deseo sea con el mejor acierto, á gusto de mis herederos y descargo de mi conciencia, digo: que conociendo yo, Bertoldo, hijo de Bertolazo, hijo que fué de Bertuzó y Bertolina de Bretaña, conociendo que todos somos mortales, hallándome á los sesenta años de edad, y estando para dar las doce, quiero disponer mis cosas en la mejor forma posible para satisfacer á mis parientes y amigos; y así ruego al señor notario Cerfolls sea servido hacer éste mi testamento y última voluntad, que es como sigue:

Al zapatero de viejo Bertola, le dejo mis zapatos de cuatro suelas y ocho cuartos de moneda corriente, en memoria de haberme hecho la fineza de prestarme la lezna con otros cabos y algunas ceras.

Item al barrendero Ambrosio le mando diez cuartos, por haberme llevado el braguero á componer.

Item á Sauco, el hortelano, dejo mi sombrero de paja, por haberme regalado algún manojo de puerros, comida muy de mi gusto.

Item al maestro Martín, el cocinero, le mando el cuchillo con su vaina, por haberme asado en el rescoldo muchos nabos más sabrosos para mí que los faisanes.

Item á la tía Pandurra, mi lavandera, la mando mi jergón, para que se haga dos delantales, y esto en pago de haberme lavado muchas veces la camisa.

Item dejo mandado al muchacho de Palacio llamado Fiqueto, veinticinco zurriagazos, en pena de la burla que ha hecho de mí, ya por haberme agujereado el orinal, y ya también por haberme colgado un cencerro debajo de la cama con ánimo de asustarme, sin otras muchas burlas que no quiero decir.

Item digo: que cuando yo vine aquí dejé á Marcolfa, mi mujer, con un hijo que se llama Bertoldino, y que no quise jamás avisarlos de donde me hallaba, á fin de que no viniesen detrás de mí por no tener fisonomía para presentarse en lugares como éste; pero teniendo algunas alhajas de que disponer, doy poder á mi mujer para que disponga de todo hasta que mi hijo tenga 25 años; pues entonces es mi voluntad que sea él dueño absoluto de todo, con condición de que si se casa, procure que su mujer no sea más que él. Que no haga daño á sus vecinos.

Que coma lo que tenga y trabaje lo que pueda. Que no tome consejos de gente perdida. Que no se deje curar de médico enfermo. Que no se deje sangrar de barbero que le tiemble el pulso. Que pague á todos los que debiere. Que no se inquiete por lo que no le interese. Que sea vigilante en sus negocios. Que no se haga mercader de lo que no entiende y no desee más que lo que le dé su suerte.

Item declaro no haber nunca tomado ningún regalo del rey, á pesar de habérmelos ofrecido, y quiero al propio tiempo darle un consejo:

Que tenga la balanza igual para el pobre que para el rico; que examine bien los procesos antes que los sentencie, no dar audiencia á ninguno estando colérico y hacer que se despachen pronto los pleitos, pues á causa de la tardanza, pueden quedar en cueros los litigantes.

Si observa todo esto será buen rey y querido de todos. Con esto termino mi testamento.»

Viendo Bertoldo que su vida estaba en peligro á consecuencia de un malestar que ya se notaba, hizo el testamento que ya han visto nuestros amantes lectores, y dentro del cual se encontraban algunos papeles sueltos, que en los momentos de ocio que Bertoldo tenía se conoce había estado escribiendo.

No es extraño que fuera su autor, pues cosas de mucha más importancia había dicho, y, sin embargo, nunca quería darse el mérito que tenía.

Los papeles, que aun estando mugrientos y arrugados se encontraron, decían lo siguiente:

Veo lucir á muchos vanidosos
con arreos brillantes y costosos,
plumas grandiosas, oro y pedrería.
y en suma mucha gala y bizarría;
veo que con un porte tan hinchado
me dejan confundido y abrumado;
lo siento, pero solo me consuela,
que lucen como el cabo de la vela.

Muchos hombres honrados,
porque sin atender á ingratitudes,
practican incansables sus virtudes;
se ven por ignorantes despreciados;
y este procedimiento,
en la lógica mía,
de su sabiduría
y nuestra necesidad, es argumento.

En otro legajo que tenía debajo de la cama encontraron varios papeles, y entre ellos una poesía al rey en la forma siguiente:

CONSEJO QUE BERTOLDO LE DA AL REY

PARA SU GOBIERNO EN CUANTO Á MUJERES

Como las perdices
son tan agraciadas
con aquel piquito
de color de grana,
su pintada pluma
la mucha elegancia
de su lindo pecho,
y toda la gracia
de aquellas patitas

tan recoloradas;
un lorito mío
se huyó de la jaula
y fuera tras ellas
por esas montañas.
Presentóse el mozo
con toda la gala
de sus coloridos,
y ellas muy pagadas

de su bizarria,
le acogen y halagan
con dulces caricias
y finezas raras.

Una le pedía
para hacerse galas,
plumas amarillas,
otras coloradas,
otras quieren verdes,
y él por agradarlas
fué tan boquirrubio
que á pocas instancias
quedó desplumado
sin que le dejaran
más que los cañones,
y aún eso por gracia.
Excuso le dejaron
de tan mala data,
huyéronse todas

y tornó á la jaula
lleno de ignominia.

Inquiero la causa
de su desventura;
y al ver su ignorancia
le digo: lorito,
dále al cielo gracias
porque esas perdices
eran de montaña,
que si has tropezado
con esas que andan
por las poblaciones,
ellas te dejaran
tan descañonado
que no pelecharas.

Y por eso digo
que caso no hagas,
pues que las mujeres
todas son muy malas.

Inmediatamente dispuso el rey que salieran en busca de Marcolfa y Bertoldino, pnes quería premiar á éstos el toliento de Bertoldo.

RIDÍCULAS SIMPLEZAS DE BERTOLDINO

Salieron en busca de Marcolfa y Bertoldino varios personajes mandados por el rey, y después de andar lo que no es decible, uno de ellos llamado Herminio, vió una choza y se dirigió á ella.

—¿Qué es lo que buscáis por estos desiertos?—preguntó Marcolfa asomada á una ventana, viendo que se acercaba un desconocido.

—Señora,—dijo Herminio,—abrid que tenemos que hablaros.

—Quien desea sacarme de mi casa más procura dañarme que darme gusto.

—Decid, señora, ¿tenéis marido?

—Yo le tendría si él no hubiese comido tanto.

—Decidme,—prorrumpió Herminio cada vez más contento, porque veía que se podían cumplir los deseos del rey,—¿quién era vuestro marido y cómo se llamaba?

—Mi marido—contestó Marcolfa—era el hombre más de bien que había en el mundo, y se llamaba Bertoldo.

—¿Es cierto? ¡Ay, qué buena noticia para nosotros!—dijo el mensajero.—¿Tenéis algún hijo?

—Yo tengo un hijo y ahora puedo decir que no le tengo.

—¿Pues cómo puede entenderse eso? ¿Y dónde está?

—Ahora no está en casa y por eso digo que no le tengo, pero si quieres saber donde anda, preguntaselo á sus zapatos.

—Muy bien, señora; pero debo deciros que en nombre del rey venimos á manifestaros que os presentéis en palacio los dos juntos para que pueda hablaros con más comodidad. Ante todo, y mientras viene vues-

tro hijo, dadnos de beber, llevándonos á vuestra bodega, pues venimos cansados y con sed.

—Honrados caballeros, venid y podréis beber cuanto gustéis; ésta es mi bodega y de ella usamos mi hijo y yo. Pero apropósito, aquí está ya mi hijo.

—Madre,—dijo Bertoldino mirando á los viajeros,—¿qué gentes ó qué bestias son estas?

—Buenos estamos,—dijo Herminio—á la primera salutación nos trata de bestias.

—No quiere decir eso,—contestó Marcolfa,—solo que como os vé montados sobre caballos, cosa que él nunca ha visto, ha creído que todos sois una misma cosa.

—Toma,—dijo Bertoldino,—¿pues y las piernas que tienen? Cómo correrán con seis que he contado á cada uno.

—¡Qué salvaje más estupendo!—dijo Herminio.—No se parece á su padre; pero en fin, nosotros cumplimos con llevarle á palacio.

—¿Y para que tengo yo que ir á Palacio? ¿Podré llevar también mis cabras?

—Sí, hombre, todo lo que tú quieras. Y vos, señora, decidme, ¿cuál es vuestro nombre?

—Marcolfa me llamo.

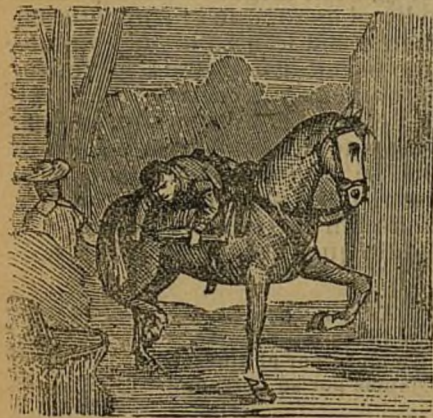
—Pues bien, Marcolfa, disponer todas vuestras cosas para marchar enseguida.

—¿Cómo será fácil que yo deje mi choza? ¿Y tú Bertoldino, quieres venir á la corte?

—Si tú vienes—contestó á su madre—entonces yo también.

—Por mi parte ya estamos andando: á ver si por este medio puedes ser afortunado.

Después que Marcolfa arregló su equipaje, trataron de poner encima de un caballo á Bertoldino, mas como éste no acertaba á abrir las piernas, le echaron como si fuera un fardo, y marchando á buen paso no tardaron mucho en llegar á la ciudad.



Habiendo llegado á noticia del rey que estaban esperando su venia para entrar en el palacio, salió á recibirlos, chocándole un bulto que venia atravesado en un caballo, y preguntó á Herminio:

—¿Qué bulto es aquél que viene atravesado en el caballo?

—Señor,—dijo Herminio,—es Bertoldino que no ha sido posible hacerle abrir las piernas para montar, y debo manifestar á V. M. que más hubiera valido dejarle en su rincón,

porque es tan sumamente tonto, que puede hacérsele creer que los pájaros van al colegio, ó que los borricos dan lecciones de astronomía. No es así su madre, pues en lo poco que hemos podido hablar con ella, nos ha dado á comprender que sabe demasiado.

—Todo eso se puede dar por bien empleado—dijo el rey: bajadle del caballo con cuidado; no se puede negar al ver su rara figura que es hijo de Bertoldo; mas aquí llega la que decís es su madre.

—Serenísimo señor,—dijo la madre de Bertoldino,—el cielo te salve y mantenga tus estados cada vez en mayor grandeza.

—Y á tí te conceda cuanto puedas desear,—dijo el rey;—puedes descansar, pues creo que vendrás fatigada del camino,

—Si no hubiera caminado estaría más cansada.

—¿Qué quieres decir con eso, Marcolfa? Explicate para que pueda entenderte mejor.

—Sí que me explicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior nunca se cansa; aquel que no sirve con voluntad se cansa antes de ponerse en camino.

—Señal verídica me das de ser esposa de mi apasionado Bertoldo. Ea, disponerlos buen alojamiento, vestirlos y que los vea la reina mi esposa.

—Solo, señor, os ruego la gracia de no mandar nos quiten nuestros trapos, pues vestidos de oro y plata, será nuestra vanidad grande, y nos elevaremos de un modo que hasta seremos odiados de los que nos rodeen.

—Sentencias dignas de reflexión—dijo el rey—son las que has pronunciado; pero no te niegues á ello porque quiero que vayas adornada.

—Señor, te ruego que me escuches una fábula que me contó mi marido: En un punto llamado Trebisonda, hubo un hombre que tenía un asno muy grande. Viendo éste un día algunos caballos de regalo con sillitas guarnecidas y tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza que á él también le habían de aclamar; á esto le respondió el amo:

—Has de saber que lo que tú dices es un gran desatino, pues cuando se criaron las bestias á cada una se le atribuyó su oficio, y tú, aunque tuvieras todo el oro del mundo, siempre serás conocido por asno, y por mucho que te adornes, como tienes las orejas tan largas, nunca podrás ocultar tu figura. A estos cargos respondió el asno, que si consistía en las orejas, que se las cortaran. Efectivamente, así lo hizo el amo y pudo pasar algún tiempo por caballo; pero como la naturaleza todo lo vence, un día que pasaba una burra por su lado, empezó á rebuznar y á correr detrás, haciendo pedazos el aparejo que llevaba. Este ejemplo, señor, puede servir de mucho; conque más vale que nos dejes con nuestros trapos buenos ó malos, ya que tu voluntad se empeña en lo contrario, mandar siquiera que no tenga oro ni seda, pues sentaría muy mal, y mucho más á este hijo que Dios me ha dado tan desproporcionado.

Serenísimo señor, tened siempre presente que

Si el pobre virtuoso protegido
llega á lugar honroso y distinguido,
hay envidiosos mil de su fortuna,
que le recuerdan lo humilde de su cuna.

Así á los poderosos
se dicen mil lisonjas,
siempre por el dinero,
jamás por su persona.

—Confieso que me has convencido, Marcolfa,—dijo el rey,—con tu fábula. Cualquiera que te oiga no te tendrá por mujer ordinaria. Vamos, Herminio, llevarlos á descansar á su cuarto.

—¿A dónde quieres llevarnos?—dijo Bertoldino.

—Venid, que os llevo al cuarto de vuestro padre.

—Mi padre está debajo de tierra y creo nos quieras sepultar con él.

Al día siguiente se presentó un sastre con ropa para Bertoldino; mas como á éste le apretara un poco la chupa, empezó á gritar diciendo:

—Si me apretas un poco más, se me suben las puches á la garganta.

—¡Habrá animal más grande!—prorrumpió el sastre incomodado.—Mal torozón te de Dios, Amén.

—¿No te avisé ya que no podía más, por qué me sigues apretando?

Enterado el rey de lo que pasaba, ordenó que la ropa la hiciese el sastre más ancha, y que enseguida fuesen á ver á la reina que con impaciencia los esperaba. Una vez allí, en su presencia, ésta empezó á reírse al ver aquellas caras y figura ridícula que presentaban, mas como de ello se apercibiera Marcolfa, la dice:

—Señora, el rey nos ha hecho venir aquí, tal día en la creencia de que nosotros serviríamos para vivir en la corte, y cada vez estoy viendo que todos hacen burla de nosotros, siendo la causa de ello las tonterías de mi hijo Bertoldino; pero que ya su voluntad es ésta, la respetaré.

—Querida Marcolfa,—dijo la reina;—no pudiera creer, á no haberlo oído, tú elocuencia, tu cultura y tu modo de hablar; así es, que puedes pedirme lo que quieras, pues lo tienes concedido.

—No sé qué es lo que puedes darme, pues lo necesitas todo para ti.

—Yo nada he menester, pues siendo reina, no cedo á nadie en tesoros ni en grandeza.

—Tantas cosas te faltan, señora...—dijo Marcolfa.

—Deseo que me digas, qué es lo que me falta.

—No he de salir de la corte ó he de dejar de ser quien soy, si no te pruebo que eres más pobre que yo.

La reina quedó asombrada con la sagacidad de Marcolfa, y la mandó que se retirara con su hijo á descansar, visitándola con frecuencia.

Una vez en su cuarto madre é hijo, trabaron conversación los dos, diciendo Bertoldino á su madre:

—Madre, he oído decir que la reina quiere estar encima de todas las mujeres, y si se sube encima de ti, tan gorda como está, te va hacer echar las tripas por la boca.

—Válgame Dios, hijo, qué mameluco eres. Cuando se dice que la reina quiere estar sobre las demás, quiere entenderse que, como tal, es dueña de su voluntad y hay que reverenciarla. Parece mentira que de un hombre tan listo haya salido un hijo tan torpe.

—Y pregunto yo, madre. ¿Quién nació primero, mi padre ó yo?

—¿Cómo quieres que tu padre haya nacido después que tú? ¡Pobre de mí! ¿A qué habré yo venido á la corte con este pollino?

En esta disputa estaban y Bertoldino iba á continuar sus sandeces cuando les llamó la atención el ruido de unas pisadas que se dirigían á ellos. Era el rey que todo el tiempo que estuvieron hablando los estuvo escuchando con sumo placer, ya por la inocencia de Bertoldino, ya por la agudeza y talento de Marcolfa; llamóles y los condujo en su coche fuera de la ciudad á una magnífica casa de campo, en la que había grandes paseos, hermosos jardines, fuentes cristalinas, bosques, estanque y toda especie de recreos; y una vez allí, habló á Marcolfa de esta suerte:

—Convencido estoy de que estás acostumbrada á vivir con libertad y he dispuesto que os quedéis en esta casa de campo, pero con la condición de que Bertoldino ha de ir á verme todos los días.

—Yo te doy un millón de gracias, señor; pero vivo avergonzada al ver

que de un padre tan astuto haya salido un hijo que pregunte, cuando se levanta, qué es lo primero que ha de poner en el suelo, si los pies ó la cabeza.

—¿Es verdad esto, Bertoldino?—preguntó el rey.

—Lo que digo—contestó Bertoldino—es que quiero que te vayas pronto de aquí, porque no puedo merendar.

—¡Ah, bribón! no se dice eso al hombre que tantos beneficios nos hace.

—Tienes razón—dijo el rey—ya veo que no es tan tonto como tú le haces; quedáos con Dios y no dejar de ir á verme.

Después de retirarse el rey se fué Bertoldino á un estanque que había en la misma posesión, y oyó que las ranas decían: *Cuatro, cuatro*. Creyéndose que era por el dinero que el rey los había dado, se fué derecho al cofre donde su madre le tenía y empezó á echarlo; viendo que las ranas no cesaban de gritar *cuatro*, siguió echando al agua todo el dinero y diciéndolas: Contar bien, veréis como son más de cuatro los doblones que tengo. Luego que hubo tirado todo el dinero, se volvió á su casa muy sofocado extrañándola á su madre verle en aquella forma. Preguntando su madre cual fué la causa de tal sofocación, este se lo explicó.

—¡Infame! ¿Qué has hecho? ¡Pobre de mí! Tan pronto como el rey se entere de esto, nos pone en medio de la calle por tu culpa.

Volvióse Bertoldino al estanque por ver si habían callado, más como viera que todavía seguían gritando, aprovechó un momento en que su madre no estaba y cogió tado el pan que había para echarlo á las ranas como así lo hizo. Con esta idea aguardaba que salieran á la orilla para cogerlas, pero se llevó chasco, pues todas se fueron al fondo y los que salieron entonces fueron los peces. Fuese á su casa rabioso, cargó con un saco de harina y se lo tiró á los peces, retirándose á su casa satisfecho que los había dejado ciegos.

Después de haber hecho Bertoldino la bobeda referida, se fué á un cuarto en el que tenía una gallina clueca en un cesto empollando huevos; se fué á ella, la echó fuera y se metió dentro de la cesta. Seguidamente de esto llegó su madre y extrañándole encontrar la puerta cerrada, empezó á llamar á su hijo para que la abriera.

—No puedo abrir,—contestó Bertoldino—estoy en el cesto de la clueca.

—¿Y qué haces dentro del cesto?—preguntó su madre.

—Estoy sacando pollitos y ya creo que me pica uno en las posaderas.

—¿Tú sacando pollos? Animal, ábreme pronto. ¡Ah! picaro, infame, lo que has hecho; ya no puedo continuar más tiempo aquí, en seguida nos vamos á ver al rey y volvernos á nuestra choza, porque yo no puedo vivir en ninguna parte con tus brutalidades.

Fueron á palacio y una vez en la presencia del rey, dijo Marcolfa:

—Señor, yo no puedo continuar más tiempo aquí con este hijo y sus desatinos.

—¿Pues qué es lo que ha hecho, se ha meado en la cama?

Entonces Marcolfa le contó todo lo que había hecho, y el rey le perdonó en vista de su inocencia.

Al llegar al cuarto de la reina, se hallaba presente una doncella llamada Librada, á la que dirigió Bertoldino infinidad de desvergüenzas.

—Calla, Bertoldino; dime: ¿por qué haces eso con mi doncella?

—Porque me lo ha mandado el rey, y si no pregúntaselo á mi madre.

—Serenísima señora, no le creáis: vuestro esposo, si es verdad que él ha dado permiso para hablar con libertad, pero no para faltar á nadie.

Cuando la reina oyó semejante tontería, se echó á reír y luego le reprendió diciéndole, que en adelante, no se desvergonzara con sus damas y no fuese descortés, porque de lo contrario, experimentaría un riguroso castigo.

Dice un adagio que de *tal* palo sale *tal* astilla, pues abiertamente puede negarse esa consecuencia, fijándose en lo astuto y en el gran talento que tenía Bertoldo y lo torpe é indolente de su hijo Bertoldino.

Salieron madre é hijo para su morada, encontrándose en el camino á la mujer del hortelano que se llamaba Modesta, y tan pronto como Bertoldino la vió, se abalanzó á ella arrastrándola hacia sí.

Habiendo llegado al mismo tiempo el marido de ésta, y viendo á su mujer llorando se fué á buscar un palo para con él castigar á Bertoldino, más al recordar que el rey le quería bastante, se detuvo y solo le hizo comprender que había faltado, y en lo sucesivo le daría mayor castigo.

Recibiendo Marcolfa el recado de que se presentara á la reina lo antes posible, no se hizo esperar, se fué á la corte y se presentó delante de la misma, la cual la hizo sentar junto á sí, y con apacible rostro la dijo:

—Querida Marcolfa, yo aprecio mucho tu persona para que me ayudes en una cosa mía de importancia.

—El haber menester,—dijo Marcolfa algo risueña,—nace de la necesidad; la necesidad viene de la pobreza, y la pobreza viene de aquello que se carece; y habiéndome tú menester vienes á ser más pobre que yo y así claramente he probado que por grande y poderoso que sea uno, siempre necesita de otro, y si á mano viene, del que menos se figura.

—Tienes muchísima razón, no te lo niego, Marcolfa,—dijo la reina algún tanto ofendida, pero sin darlo á conocer,—y te aseguro de que nunca me alabaré de ser tan feliz que no tenga en este mundo necesidad de nadie; pero vamos á lo que importa. Has de saber que esta noche pasada la tuvimos muy divertida con una gran función de música y baile, y al fin se determinó hacer un juego entre las damas y caballeros, y el que perdiera en él, pagaría una prenda, y para rescatarlas se mandaban varias penitencias; á unos se les hacía representar, á otros escribir cartas amorosas, en suma, á unos una cosa y á otros otra; y habiéndome tocado también á mí pagar una prenda, he dado una sortija con un diamante, y me han dado un enigma para que lo explique esta noche, y mientras no lo acierte, no me volverán mi prenda. El enigma es este:

«No tengo agua y bebo agua,
y si yo tuviera agua, bebería vino.»

Después de haber estado cavilando y rompiéndome la cabeza en cómo podría descifrarlo, veo que nada he adelantado, pues lo creo difícil.

Esta es la precisión que tengo de tu persona, amiga Marcolfa; sé muy bien que Dios te dotó en la misma inteligencia que á tu marido, el que en esta ocasión también me hubiera sacado del apuro, pero ya que él no puede hacerlo, es menester que tú recorras la memoria, para que presentando la solución que me piden, pueda recobrar mi prenda.

—Si no tenéis más que mandarme,—dijo Marcolfa,—quedaréis complacida muy en breve. El enigma que me acabáis de decir, y que creo sea

el de «no tengo agua y bebo agua, y si yo tuviera agua bebería vino» es muy fácil de adivinar. Escuchad: Figurémonos un molinero, el cual se halla en un molino de aquellos que no tienen bastante agua para moler, que como no muele por falta de agua, no gana para comprar vino, y le es preciso beber agua por necesidad, porque si tuviera agua para moler tendría dinero para comprar vino. Esta es la explicación del enigma.

—Ya quedo hecha cargo, y verdaderamente conozco que ésta es su propia interpretación, y que yo nunca hubiera adivinado.

—Con vuestro permiso,—dijo Marcolfa,—si otra cosa no os ocurre en que yo pueda servirlos, deseo retirarme á mi casa, que encontraré seguramente novedades.

—Vete enhorabuena,—exclamó la reina llena de alegría,—y te ruego encarecidamente que no dejes de venir con frecuencia á verme lo antes posible que te sea.

Interín que Marcolfa había ido á hablar con la reina, Bertoldino se metió en el corral, vió volar una infinidad de grullas, y discurriendo grandes arbitrios para cojerlas, no halló otro más fácil que el de emborracharlas; se fué á la bodega, tomó un barril de vino muy especial, y cargando con él, lo echó en la artesa y fué á esconderse para ver el efecto que haría; apenas lo ejecutó, cuando bajaron las grullas al olor del vino; tanto bebieron, que empezaron á caer por un lado y por otro como muertas, confundidas en un letargo.

Viendo Bertoldino tal espectáculo, fué con gran alegría recogiendo y colocándolas alrededor del cinto; las llevaba atadas por el pescuezo, y determinó salir á recibir á su madre, cuando ésta llegara, con aquel trofeo.

Luego que la vió venir de lejos, empezó á saltar y gritar de alegría; pero sucedió que con su continuo movimiento y el haber pasado algún tiempo que las grullas habían digerido ya el vino, empezaron á sentir la opresión del cinto, esforzándose para sacudir las alas por si podían escaparse.

De tal suerte apretaron los vuelos que como eran muchas, consiguieron levantarle á bastante altura.

Marcolfa que venía de la ciudad, reparó que Bertoldino andaba levantado por el aire, y no sabiendo el motivo de una cosa tan extraña, toda confusa y trémula, empezó á gritar y exclamaba diciendo:

—¡Ay, pobre de mí! ¿Qué es lo que veo? ¡Ay, que se llevan á mi hijo las grullas, compasión, Dios mío! Quién sabe si le volveré á ver más; ven muerte y acaba conmigo, y con esto me quitarás tantos disgustos como estoy pasando con este hijo tan torpe que Dios me ha dado. Sabedor era su padre de lo inútil que era, pero si levantara la cabeza y se enterara de lo que cada día es, con entera seguridad creo que volvía á morir por no verlo.

Mientras Marcolfa se quejaba de la desgracia de su hijo, las grullas iban ascendiendo, y al pasar por encima de un estanque, se rompió el cinto que llevaba y cayó dándose un baño general, pero sin lesión ninguna.

Llegó su madre al mismo tiempo y viéndole todo mojado se fué á buscar un traje para mudarle. Como esto ocurrió en el mes de Julio, las moscas le acribillaron, y para defenderse de ellas cogió un manojo de mimbres, y empezó á darse tales golpes, que todo su cuerpo era un car-

denal. A esto llegó Marcolfa y al encontrarle en estado tan lastimoso, se lo llevó á su casa y le metió en la cama. Mientras fué á buscar un médico, se quedó dormido, y cuando volvió su madre, se despertó diciendo:



—¿Quién es ese hombre que está contigo? ¿Es algún capador? Señor figura, quítese delante de mí, porque... si no estuviera mi cuerpo tan dolorido y casi durmiendo, te daba tantos palos como puede llevar un borrico.

—Esto me faltaba,—dijo el médico;—vaya, duerme, y toma unas píldoras que te se descargue la cabeza y eso no será nada; adiós, Marcolfa.

A los pocos instantes recibió Marcolfa las píldoras y se las dió á su hijo para que las tomara, pero éste, como todo lo entendía al revés, en vez de tomarlas por arriba las tomó por abajo.

Pocos días después de haberse restablecido, le mandó á buscar el rey con un carruaje, y cuando llegó le dice:

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras, Bertoldino?

—Yo estoy de pié y siento tocar las campanas.

—Lo que yo te digo, es si te sientes mal ó bien.

—Pues ya te he contestado que siento tocar las campanas.

—Ea, pues ya que no me quieres contestar á lo que te pregunto, conducirle al cuarto de la reina, que quiere verle.

No era de su agrado el ir donde le mandaban, pero por fin le obligaron, y una vez en su presencia dice la reina:

—¡Oh! aquí tenemos á Bertoldino, supongo que ya estarás más aliviado. Hola, criados, traer en seguida algo para que meriende.

—Te juro,—dijo Bertoldino—que antes que recomendar nada, me lleven donde haga mis necesidades, que es lo que más me importa.

—Tienes razón,—dijo la reina.—Filantro, llévale donde te diga.

Condújole Filantro á lo último del jardín, donde hizo su precisión. Cuando hubo acabado le llevó á la dispensa, donde le dió un trago de vino, conduciéndole seguidamente á la presencia de la reina, quien mandó que un coche le llevara á su casa. Hizo varias preguntas á los que le escoltaban sobre lo que había visto en la corte y lo que había aprendido; pero la contestación era adecuada á su entendimiento.

A la mañana siguiente tuvo que salir Marcolfa á la ciudad para comprar lo que necesitaba para su casa.

Encargó á Bertoldino que tuviera cuidado con los pollos que no se los comiera el gavián, y precisamente hizo todo lo contrario, pues habiéndolos cogido atados los subió al tejado, y dicho está que el gavián se apoderó de ellos. No tardó en volver su madre, y cuando la vió, se echó á reír con toda su fuerza.

—¿Qué tienes que tanta risa te causa? ¿Hay algo de nuevo?

—Hay mucho; que le he pegado un chasco al gavián, que ya, ya.

—¿Qué has hecho? dílo pronto.

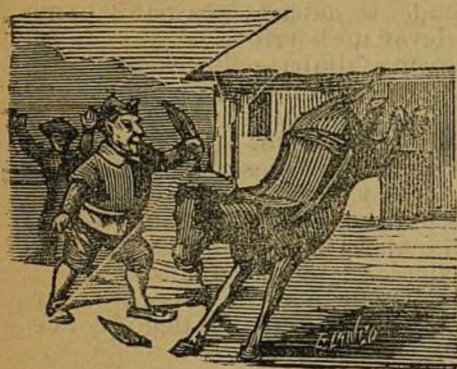
—He atado todos los pollos y los he puesto en el tejado; ¡si vieras qué trabajo le ha costado el llevárselos al gavián!

—No sé cómo me contengo, pues me dan ganas de matarte. ¿Como no ha de hacer disparates si cuando los hace, el rey todavía le regala?

—¿Y quién quieres tú que se lo diga al rey?

—¿Pues te parece que no hay orejas que nos están oyendo?

—No veo otras que las del burro del hortelano; pero yo te prometo que no ha de oír más.



—Espera—dijo su madre—¿qué vas hacer?

—Voy á cortarle las orejas para que no oiga más y así verás cómo aprende á ser cortés.

—¡Pobre de mí!—dijo Marcolfa; —ya le has cortado las orejas al borrico, pues ahora prepárate á oír lo que te diga su amo.

—¿Quién ha cortado las orejas á mi borrico?—preguntó el hortelano.

—Yo he sido—contestó Bertoldino—para que no oiga nada.

—Pues en este momento me voy á quejar al rey para que haga justicia.

—Aguarda, hombre,—dijo Marcolfa,—te pagaré el valor del borrico, pero no digas nada al rey.

—De ninguna manera me callo; pues el otro día sucedió lo que sabes con mi mujer, y cada día irá sucediendo otro tanto.

Habiéndose quejado por fin el hortelano, mandó el rey llamar á Bertoldino, preguntándole seguidamente por qué había cortado las orejas al borrico.

—Se las he cortado porque estaba escuchando lo que yo hablaba con mi madre.

—Bueno,—dijo el rey;—puesto que Bertoldino te ha estropeado el borrico, no quiero que quede deudor tuyo: toma las orejas y llévale á su casa montado en tu burro.

—Señor,—dijo el hortelano,—ese castigo más es para mí que para él; lo que pido es que me satisfaga lo que costó el borrico.

—Muy bien está; te se pagará lo que pidas; pero ahora te le llevas como he dicho, á su casa montado en el burro—prorrumpió el rey.

Tal y conforme el monarca lo había ordenado, así lo efectuaron; pero con tan mala suerte, que al poco tiempo de emprender la marcha para su casa cayó Bertoldino al suelo y se partió una costilla.

Tal fué el trastorno que causó á Marcolfa esta novedad, que seguidamente se fué á palacio y pidió al rey permiso para vivir en su choza.

Llegada que fué á palacio, encontró á los reyes que todavía se estaban riendo de la simpleza de Bertoldino; el rey que la vió entrar la dijo:

—Querida Marcolfa, ¿qué buena ventura te trae á mi presencia?

—No tengo ventura buena, señor, pues ninguna me es propicia. A Bertoldino le ha dejado caer el borrico y se ha roto una costilla, vengo á buscar una bisma para curarle; y mientras me despachan, me he llegado á ponerme delante de vuestra presencia para exponeros que haríais una acción muy loable y una grande obra de caridad en darnos licencia para volvernos á nuestra choza; pues estoy persuadida que Bertoldino cada

día se vá haciendo más torpe, comeliendo mayores disparates, y siendo mayor el bochorno para mí. Por lo tanto, ruego, y encarecidamente os suplico, serenísimos señores, con toda veneración nos concedáis vuestro beneplácito, porque ya no habéis de poder sacar ningún rato de alegría, como lo hacías con Bertoldo.

—Marcolfa, nosotros, como puedes comprender, deseamos complacerte, pues es cierto que nos dejas muy pagados y satisfechos de todos tus actos. Como veo la precisión que hay de darte licencia, lo haré dándote también dos mil escudos para que vivas con descanso en tu albergue.

—Magnánimos señores: Me faltan expresiones para daros las más expresivas gracias por tantos y tan singulares favores como me habéis hecho. El cielo os conceda gracia para conservar vuestro reino y felicidad, y en suma, pediré continuamente al Señor os galardone con la bienaventuranza. Y ahora aquí me tenéis rendida á vuestros reales piés pidiéndoos humildemente perdón de todo, y si por ignorancia hubiere incurrido en alguna culpa ó falta, con poco respeto y reverencia, vuelvo á suplicaros me perdonéis; y así con vuestra licencia iré á disponer mis muebles y marcharé con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra más humilde y apasionada servidora.

Con las muestras tan grandes de cariño que Marcolfa había dado á los reyes, éstos quedaron con mucha tristeza por la ausencia de ella, la que partió con su hijo Bertoldino, cargada de muchas dádivas.

A la llegada á la choza de su nacimiento, acudieron todos los vecinos á darles la bienvenida, y se hicieron muchas fiestas en aquellas sierras, según costumbre del país.

Los dos cortesanos vivieron en paz y bastante desahogados, habiendo cambiado Bertoldino por completo, y siendo tan astuto entonces, como idiota había sido antes.

Ya para terminar la historia de esta pobre, pero honrada familia, réstanos manifestar á nuestros amables lectores, la vida, hechos y costumbres de Arsenio, por otro nombre Cacaseno, hijo de Bertoldino y nieto de Bertoldo.

Después de algún tiempo de estancia en su país, y como ya he manifestado, vuelto completamente Bertoldino de todo lo que era, contrajo matrimonio con una joven llamada Dominga, de quien tuvo un hijo, al cual le apodaron Cacaseno, pero cuyo nombre era el de Arsenio.

Ya recordarán también nuestros lectores de Herminio, hombre de negocios, y como tal, recorrió las provincias por orden del rey. Pasando un día por la falda del monte donde vivía Marcolfa, juzgó conveniente llevar noticia al rey, y así determinó verlos. Llegado que fué éste á una casa hecha de fábrica, que Marcolfa había mandado construir, llamó y fué contestado por la madre de Bertoldino, que pronto le conoció y le mandó pasar á su habitación.

Una vez dentro, le contó que Bertoldino se había casado y tenía un hijo de siete años, y en cuanto á su torpeza ya no era conocido, pues había totalmente cambiado.

Con el deseo de ver á Cacaseno y al propio tiempo conocer la variación de Bertoldino, Herminio, con ademán cariñoso y voz dulce, dijo á Marcolfa:

—¿Dónde están Bertoldino y su hijo?

—Han ido á la choza de un pastor nuestro y no tardarán en volver

—Y ese hijo que dices que tiene Bertoldino, ¿cómo se llama?

—Pues su verdadero nombre es Arsenio; pero como estos de las montañas siempre inventan sobrenombres, los verdaderos los usan pocas veces; como por ejemplo, se llama uno Antonio, si es diminutivo, Toñito, y si es pequeño y gordo, le llama Toñoto, y si es pequeño y flaco, Toñino; de manera que se reproducen el nombre de tantas maneras, que ya no se conoce el primero que tuvo.

Cuando Herminio oyó el nombre tan extravagante de Cacaseno le dió sumo gusto y creció más el deseo de mandarle á la corte. Mientras estaba pensando de qué manera efectuarlo, oyó á Dominga, mujer de Bertoldino, que venía cantando esta coplilla:

Dicen soy la pastorcilla
más cariñosa y más tierna
de cuantos en nuestro valle
sus ganados apacientan;

yo me pongo sonrojada,
sentada en la alfombra amena,
que de rosas coronada
Abril cede á su belleza.

En este tiempo llegó Bertoldino, y como ya conocía el nuevo huésped, le trató cordialmente. Poco tiempo después llegaron Dominga y su hijo con un manojo de espárragos; le saludaron y Herminio los preguntó:

—¿Eres tú aquella mocita que cantaba:

«Dicen soy la pastorcilla...»

—No, señor,—dijo Dominga sonrojada;—era una portera nuestra.

—Vamos, Dominguita, hazme el favor de volver á cantar.

—De veras que no puedo cantar, porque estoy muy ronca.

—No te enfades, Dominguita,—dijo Herminio; y pregunta á Cacaseno:

—¿Y tú, niño, qué haces?

—En este momento me voy á almorzar,—contestó Cacaseno.

—Buen principio: dime, ¿cómo es tu nombre?

—Yo no soy hombre, que soy muchacho,—contestó Cacaseno.

—No te pregunto si eres hombre: te digo cómo te llamas.

—Cuando uno me llama yo le respondo.

—Y si yo te tuviera que llamar, ¿cómo tenía que decir?

—Dí como tú quieras, pero ten las manos quietas, porque parece que me vas á sacar los ojos, y entonces te sacudo un garrotazo.

He de advertir que Herminio, mientras hablaba, hacía ademanes con las manos, y Cacaseno creía que le iba á pegar, por lo que alzó el palo al mismo tiempo que entró su abuela Marcolfa. Como ésta ya conocía su intención, le dió un bofetón que le dejó caer á tierra dando gritos como un becerro, á los que acudió su madre y le pregunta:

—¿Qué tienes tú, Cacaseno mío? ¿Por qué chillas de esa manera tan descompasada?

—Ú, ú, ú,—dijo Cacaseno sin dejar de llorar,—que la abuela me ha pegado, porque me he defendido de ese hombre que me quería sacar los ojos con los dedos.

—Calla, hijo mío, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza á la cama. Ea, escupe y verás como la casco.

—No es cierto lo que dice,—contestó Herminio;—toma un tres, Cacaseno, y hagamos las paces.

En cuanto vió el tres, ó sea una moneda, se sosegó y le hizo un besamanos al forastero y á su abuela.

Herminio estaba cada vez más contento al recordar la alegría que iba á proporcionar á los reyes con aquel mónstruo. Llegada la hora de comer, todos se lavaron las manos y se sentaron á la mesa. Dejo aquí á la consideración del curioso lector, el sufrimiento que Herminio tendría durante la comida.

—Ea, pues ya que hemos concluído,—dijo Herminio,—debo deciros que el rey me ha mandado para que os lleve á su presencia, pues tiene grandes deseos de conocer á Cacaseno.

—Eso no puede ser, señor, puesto que mi hijo es muy bruto para ir á la corte, y mucho menos á la presencia del rey;—contestó Dominga con humildad.

—No tengas miedo, Dominguita,—dijo Marcolfa,—yo le acompañaré, pues tenemos obligación de respetar el mandato de S. M., porque á él debemos todo lo que tenemos.

Con las razones que Marcolfa había expuesto, Dominga no replicó una palabra, y vistió á su hijo con la mejor ropa que tenía, entregándolo á su abuela para que marchara cuando Herminio lo dispusiera. Una vez todo dispuesto, se pusieron en camino Marcolfa, Cacaseno, un criado de éstos y Herminio, hasta llegar á una posada, donde el mensajero del rey mandó á un propio para que dijese lo que ocurría, y que muy en breve llegarían á su presencia. Herminio dijo á Marcolfa, que puesto ya estaban en la llanura del camino, podía montar á Cacaseno en un caballo, y de ese modo llegaría con más comodidad. Así lo ejecutaron, aunque no sin trabajo.

Como Cacaseno todo lo entendía al revés, así lo hizo en la ocasión presente; pues habiéndole prevenido Herminio que tuviera las riendas del caballo en la mano, comprendió que había de tirar de ellas, y á consecuencia de tal barbarie, fué el encabritarse el caballo hasta el punto de dejarle caer, sin consecuencias, por la casualidad de haber caído en un arrenal. Marcolfa, al pronto, se quedó sin poder contestar; pero una vez repuesta, le dice á su nieto.

—¿Qué es esto, Cacaseno, te has hecho mal?

—Me haya hecho bien ó me haya hecho mal, lo que yo quiero es volver á mi casa,—dijo Cacaseno.

—Vamos, hijo mío, vuelve á montar, yo tendré el caballo para que subas; ponte encima de esta piedra.

Por no variar de lo que siempre hacía, dió una vez más pruebas de su torpeza; poniendo el pie izquierdo en el estribo derecho, quedando montado con la cara mirando á las ancas del caballo. Al reparar Herminio la posición que había tomado, le dice:

—¿Pero no ves que has montado al revés, hombre? Bájate, porque así no puedes ir.

—Nunca me encuentro mejor que ahora, y puesto que tu deber es conducirme á la presencia del rey, toma las riendas y llévame, pues ca-



minando de la manera que me he puesto, con eso no veo los peligros que pueda encontrar en el camino.

A la sazón pasó un paisano y Herminio le recomendó la conducción, pues él se creía una bajeza el ir tirando del caballo que montaba el camueso de Cacaseno. Dió de espolazos Herminio á su caballo y no tardaron en llegar á palacio, donde ya el rey los esperaba. Mientras éste le hacía relación de lo que le había ocurrido, llegaron Marcolfa y su nieto, montado al revés, seguidos de una turba de populacho, con tales silbidos y gritería, que parecía día de carnestolendas. Marcolfa entró primero, y después de hacer una grande reverencia á S. M. el rey, le dijo:

—Seas bien venida, Marcolfa, pues creía que no ibas á volver después de tanto tiempo.

—¿No me conoces, Marcolfa?—dijo la reina.

—Señores, son tantas las obligaciones que tengo contraídas por los favores que he recibido de vuestra generosidad, que siempre los tengo presentes. Y no digo esto por adulación, pues aunque pobre montañesa, nunca la gasté.

—Pero, dime, ¿dónde está Cacaseno?—dijo la reina.

—Conmigo venía, señora, pero no le veo, ¿dónde se habrá quedado?

Un criado que estaba oyendo preguntar por él, alzó una cortina y le hizo entrar, el que se presentó con una mampara arrastrando, y el rey y la reina comenzaron á reír al ver tan buena entrada, ignorando el motivo de tal extravagancia; pero el criado la descifró, diciendo: «Sepan vuestras majestades, que al tiempo de subir la escalera de palacio este salvaje le dijo á un criado que tenía ganas de hacer aguas, lo llevó á un lugar destinado á este fin, y así que entró le dijo: Cuando vuelvas á salir tráete la puerta hacia tí, y el gran bruto así lo ha hecho».

—Dime, Cacaseno, ¿para qué traes arrastrando eso?—dijo el rey.

—¿Y qué te importa á tí?—contestó Cacaseno.

—Ya veis, serenísimos,—dijo Marcolfa,—que esto es lo mismo que su padre, pues como es el árbol, así es la astilla. Vamos, Cacasenito, besa la mano á estos señores y hazlos una cortesía.

Obedeció Cacaseno; pero fué poniéndose en cuatro piés, boca abajo, esperando le alargasen las manos para besárselas. Los reyes celebraron mucho esta postura sencilla; le mandaron levantar y llamaron á un criado para que le llevase á merendar, y volviéndose el rey á Marcolfa, la preguntó con afectuoso cariño:

—¿Vive todavía Bertoldino?

—Sí, señor,—contestó Marcolfa,—está bueno y sano, y después que llegó á crecida edad, empezó á tener razón y juicio; después se casó y de ese matrimonio ha nacido Cacaseno.

Tengo también que advertirle, que con las dádivas que vuestra liberalidad nos ha favorecido, nos queda aún lo muy bastante para vivir medianamente, según nuestro estado, toda nuestra vida.

—Dime, y ¿por qué no te has vestido de aquel paño fino y lienzo delgado que te regalé y tú te llevaste?—preguntó la reina algo impaciente.

—Señora, dispensadme que no lo haya hecho, pues nuestra pobre é infeliz montaña requiere vestidos toscos; pan mezclado con centeno y beber continuamente agua, y de este modo se mantienen los cuerpos con mayor robustez y sanidad.

—El que se contenta con su estado—prorrumpió el rey—es feliz; pero

me parece una simplicidad mantenerse de misturas, pudiendo comer buenas chuletas, como tú puedes hacerlo y beber buen vino.

—No lo creáis, gran señor,—dijo Marcolfa,—pues es muy malo beber vino cuando no se está acostumbrado á ello, y es la peor cosa para la salud; así es, que de nosotros, en la montaña, nadie lo prueba; pues apetece más nuestras cristalinas aguas, que con tranquilo ruido se despeñan de los cóncavos de los montes, las cuales son tan gustosas y delgadas, que nos libran de todo género de indigestiones y dolores del estómago.

Conociendo el rey que Marcolfa estaría fatigada del viaje, la mandó que se retirase á descansar y que después volviese con Cacaseno. Llamó el rey al mayordomo, y éste la condujo al cuarto que se la había destinado, en donde entró y vió á Cacaseno en el suelo gritando:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Qué es lo que ha sucedido?—preguntó Marcolfa.

—Has de saber,—contestó un criado,—que después de merendar, me dijo que quería dormir; yo, juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama, y él se agarró con manos y pies de una de las columnas de ella, de tal modo, que cuando llegó al remate, no se pudo contener la columna, hasta que se rompió y éste cayó en tierra.

—No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña, como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que al extremo de ella era donde él había de acostarse; pero Dios mío, ¡Cacaseno... Cacaseno!...

—Déjame,—contestó,—que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo y le tendió en la cama, cerró las ventanas y le dejó durmiendo. El criado fué á dar cuenta á los reyes del suceso, los que se admiraron de semejante ignorancia. El rey mandó á un criado que volviese á ver lo que pasaba y les diese noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Como Marcolfa se encontraba cansada del viaje, después de haber comido bien, se había echado á dormir, y estando en lo mejor del sueño la despertó un gran porrazo que dió Cacaseno de la cama abajo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estoy?

—¿Qué ruido es ese? ¿Qué te ha sucedido?

—Que me he caído de la cama y se me han saltado los ojos.

—¡Válgame Dios, qué desgraciada soy! ¿Qué dirán Bertoldino y Dominga cuando le vean ciego? ¿A dónde estás? Espera, abriré las ventanas.

—Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos,—dijo Cacaseno dando saltos.

—Salvaje, ¿cómo puede ser que estuvieses ciego? Sería porque estarían las ventanas cerradas y no verías.

Estando Marcolfa y su nieto en esta conversación, un criado que todo lo había oído, se fué en seguida á dar conocimiento al rey de lo que ocurría á Cacaseno. Al oír la reina la bufonada, mandó que se presentara Marcolfa, pues tenía precisión de hablarla. Marcolfa, como siempre, obedeció el mandato de la reina, y precipitadamente salió dejando solo á Cacaseno, el que lloraba amargamente hasta que vió con qué entretenerse. Un criado que observó que quedaba solo, se escondió para ver lo que hacía. Pocos instantes después, ya tenía el rey conocimiento de todo lo que había hecho Cacaseno durante la ausencia de su abuela, y le mandó llamar para hablarle en esta forma:

—¿Qué le ha sucedido á Cacaseno que trae la cara engrudada?

—Señor,—contestó un criado,—habéis de saber, que un mozo de la repostería había dejado en un armario un perol de cola para pegar cristales de los ramilletes, y pareciéndole á este necio cosa de comer, se puso el perol entre las piernas y comió una porción de cola, habiéndose empringado toda la cara como le véis. Llegó Marcolfa á su cuarto y no hallando á Cacaseno se volvió en la confianza de que había hecho alguna de las suyas,

Marcolfa se presentó al rey diciendo: Que ya que tenía la fortuna de encontrarlos juntos, con el mayor rendimiento los pedía la concedieran licencia para volver á su casa, esperando la gracia de su real clemencia.

—Conociendo que es perjudicial á los intereses de tu casa esta larga ausencia, concedo lo que me pides, y además, mando que te entreguen 200 escudos para que puedas vivir con desahogo, y esta sortija para que Dominga la gaste en mi nombre.

—Yo también,—dijo la reina,—te concedo la licencia que me pides; pero con la obligación de que has de venir á verme; y si no me hiciere el cargo del perjuicio que te haría estando fuera de tu casa, sería mi mayor gusto el que te quedarás á vivir en la corte, pues tendría contigo una vida contenta y muy gustosa.


El mayordomo partió para obedecer la orden que el rey le había dado, pero de muy mala gana, dándose palmadas y encogiéndose de hombros iba diciendo: ¡Oh, qué desatinos cometen algunos señores en proteger y apoyar tontos como al presente se ve con este señor, que manda dar 200 escudos á estos monos que son la risión de la corte. Mejor premiarán á semejantes gentes que á un hombre erudito y aplicable, que se mata y se descalabra el entendimiento para dedicarse y perfeccionar, con inmenso trabajo, una obra; y después de tanto desvelo, en lugar de conseguir algún premio ó ascenso, lo que saca de su afán, es que ni aún le dan las gracias. Triste y pensativo el mayordomo, exclamaba.

Hay algunos poderosos
que son tan infames y viciosos
que amparan á holgazanes y bribones.

Abrigan á fagotes y ladrones,
absorven de los buenos la sustancia
y á picaros la dan con abundancia.

Al siguiente día por la mañana marcharon en su litera los dos personajes; siguieron el viaje hasta su casa y á la vuelta le entregó el literero al rey una carta que Marcolfa le había dado y estaba con los siguientes términos escrita:

«Mis señores: Siendo tan debido el obedecer los preceptos de vuestras majestades, me obliga á comunicaros mi llegada á esta humilde choza; para que más pronto lo sepáis, mando con el mismo literero que me ha conducido, las más expresivas gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros, y el bien que nos habéis proporcionado. Lo mismo Bertoldino que Dominga os dan infinitas gracias por los regalos que los habéis mandado. No escribo nada de Cacaseno porque está durmiendo; y así, esta mía servirá de un pequeño reconocimiento, mientras yo y toda mi familia deseamos á vuestras majestades todas las mayores felicidades».

 FIN DE LA HISTORIA 